

**Homilía en la Celebración del Aniversario de la
Proclamación de Ntra. Sra. del Rosario como Patrona de Cádiz.**
Catedral de Cádiz, 25 junio 2017.

Gen 3, 9-15.20; Sal Jdt 13,18ss; Ap 21,1-5a; Jn 19, 25-27.

Queridos hermanos, hijos amados de la Virgen María, devotos de Ntra. Sra. del Rosario, nuestra Patrona:

La historia es testigo del amor de los gaditanos a María y de los portentos que la Virgen del Rosario ha realizado en Cádiz, por lo que fue solemnemente declarada su Patrona. Esto hace que estemos celebrando, en primer lugar, el 150 aniversario de la proclamación por la Santa Sede de nuestra Excelsa Patrona mediante una Bula firmada el 25 de junio de 1867; pero también el 70 aniversario de su coronación canónica, llevada a cabo solemnemente el 4 de mayo de 1947; y el 60 aniversario de su proclamación como Patrona del Consejo de Hermandades, el 3 de junio de 1957 y, finalmente, los 50 años desde su nombramiento como Alcaldesa Perpetua de Cádiz. Se trata, como se ve, de una relación de amor entre una Madre, que es Reina, y sus hijos de Cádiz, que es la familia de los hijos de Dios.

Nos reconocemos, pues, en el apóstol San Juan que escuchó de Jesús en la Cruz: “Ahí tienes a tu Madre’, y el discípulo la recibió en su casa” (Jn 19,27). Esto nos sitúa ante uno de los hechos más importantes para comprender el papel de la Virgen en la economía de la salvación. La maternidad universal de María, la “*Mujer*” de las bodas de Caná y del Calvario, recuerda a Eva, “*madre de todos los vivientes*” (Gn 3, 20). Sin embargo, mientras ésta había contribuido al ingreso del pecado en el mundo, la nueva Eva, María, coopera en el acontecimiento de la Redención que nos salva. En la Virgen, la figura de la “*mujer*” queda rehabilitada y la maternidad asume la tarea de difundir entre los hombres la vida nueva en Cristo.

Decía Pablo VI que María aparece ante nosotros con la fuerza del encanto de su maternal intercesión, eficaz e incesante (cf. *Marialis cultus*, 56). En efecto, Cádiz, nuestra ciudad, ha buscado su protección en multitud de ocasiones. La fiesta de la Virgen del Rosario es una cita que se repite cada año en su fiesta, y cada día en su santuario de modo particular, así como en cada casa donde hay un devoto de Nuestra Señora. Porque no solo se busca a la Madre individualmente, sino que un pueblo entero, esta ciudad de Cádiz, lo ha hecho insistentemente, del mismo modo que en tantos otros lugares de devoción a la Virgen, de forma que se ha llegado a formar la “geografía” de la fe y de la piedad del Pueblo de Dios (cf. *Redemptoris Mater*, 28), esta “tierra de María” que ha consolidado los santuarios marianos.

Hoy hemos venido a felicitar a María en el aniversario de su Proclamación como Patrona nuestra. “Me felicitarán todas las naciones” (Lc 1,48), dijo ella misma, consciente de su misión en el corazón de Dios. Y nosotros lo repetimos con amor. Ciento cincuenta años después de aquella proclamación y con un panorama eclesial, social, cultural y político completamente distinto, la Virgen María sigue siendo la mejor defensora de este pueblo y la mayor inversión para dinamizar la vida social de esta ciudad, haciendo patente el realismo de la fe con todas sus

consecuencias y la vida eclesial, desde la conversión, que es el primero y esencial mandato del Señor en el Evangelio: *“Convertíos y creed en el Evangelio”* (Mc 1,15).

Hemos cantado a María diciéndole: “Tu eres el orgullo de nuestra raza”. (Jdt 13,18). Lo es, en efecto, porque en ella se ha cumplido la promesa hecha por Dios al comienzo de la historia de los hombres (cf. Gen 3, 9-15.20) asegurándonos la victoria de la mujer, la nueva Eva, cuyo hijo vencería al maligno. Jesucristo, el Hijo de María, nos ha traído todo el infinito amor de Dios, que “hace justicia a los oprimidos, da pan a los hambrientos, liberta a los cautivos, abre los ojos al ciego, endereza a los que ya se doblan, ama a los justos, sustenta al huérfano y a la viuda y trastorna el camino de los malvados” (Sal 145). La única medicina para el desconcierto, el desasosiego, el desánimo o el desencanto que muchas veces paraliza, hiere y llena de miseria al corazón humano es Jesucristo. Jesucristo es la esperanza de toda persona porque sólo El da la vida eterna, en Él está la plena felicidad y se colma toda esperanza. Él es la Palabra de Vida venida al mundo para que los hombres tengamos vida en abundancia. Jesús, nacido de María, ha hecho posible que accedamos a ese amor inmenso de Dios, que no pasa de largo del hombre caído, robado, malherido por el pecado y maltrecho, a la vera del camino por donde tantos pasan y no se paran ante la miseria y las heridas; Jesús, a quien gestó en su seno su Madre, María, nos ha hecho ver, tocar y palpar ese amor en su persona misma, que ha venido a traer la buena noticia a los que sufren, que anuncia, como signo suyo, su Evangelio de misericordia a los pobres y desvalidos. “Dichosa eres, santa Virgen María, pues de ti salió el sol de Justicia, Cristo, nuestro Señor” (Antif. aleluya).

En Jesucristo palpamos a Dios, amor infinito e incondicional por el hombre y por la vida del hombre. Dios, el Misterio que da consistencia a todas las cosas, se nos ha revelado en Jesucristo, nacido de María siempre virgen, y entregado con amor incondicional al hombre y por la vida del hombre, compartiendo sus pobreza y sanando sus heridas. ¡Dios ama a los hombres, nos ama a cada uno de nosotros, tal y como somos, con todo el peso de pecado y miseria que llevamos dentro de nuestro corazón!

La Madre del Señor no está junto a El por casualidad. El Redentor sabe que el mundo siempre tiene necesidad de una Madre que atienda tantas miserias como envuelven a los hombres, hoy como entonces. En medio de tantos dolores de antes y de ahora, en medio de penas, sufrimientos y enfermedades, en medio de dificultades y contradicciones, Ella, siempre y en todo momento, sigue repitiéndonos las palabras de Jesús, en nombre de Jesús, el Hijo de sus entrañas purísimas: “Que no se te turbe tu corazón, no te angusties. ¿No estoy yo aquí? ¿No soy yo tu Madre? ¿No estás bajo mi sombra? ¿No estás por ventura en mi regazo? ¿Qué más necesitas? Que nada te aflija; aquí estoy yo para ayudarte”. La Madre de Dios y Madre nuestra nos invita a la confianza, al abandono en sus manos y en su corazón maternal, de modo que allanemos y preparemos el camino del Señor, como lo allanó por completo María en su confianza incondicional e inquebrantable con su “sí” a lo que Dios le pide: “Aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra”. Ella, con Jesús, compartiendo la vida con El en todos sus acontecimientos y misterios, --como nos enseña a hacerlo rezando el Santo Rosario-- nos induce a confiar en el Omnipotente y Misericordioso, nos invita a seguirle, amarle, dejarnos llevar por El y experimentar su consuelo.

Si el hombre edifica su vida personal y social al margen de Dios, la edificará contra sí mismo, ya que Dios es su origen, camino y meta, fuente, compañía y norte; el encuentro con Dios y la adoración nos llevan a reemprender el camino por sendas nuevas de amor y de verdad, de luz y de esperanza, de libertad y de dicha. Dios no es competidor, sino amigo del hombre. Por eso, los hombres de nuestro tiempo –y nadie en nuestra sociedad–, no deberían tener miedo de Jesucristo ni cerrarse a su reconocimiento. Su luz es el esplendor de la verdad. Si nos dejásemos iluminar por Él todos los hombres y pueblos de la tierra, veríamos alumbrar una realidad nueva y se abrirían caminos validos en esta etapa de la historia: quien se deja envolver por su amor encuentra caminos de paz, de la que estamos tan necesitados. Quien le acepta llega a ver la salvación. Abramos nuestra mente y nuestro corazón a Cristo, ofrezcámosle los dones de nuestra búsqueda, el don de nuestra vida. “Exigente y siempre actual, ante todo para la Iglesia que, reflejándose en María, está llamada a mostrar a los hombres a Jesús, nada más que a Jesús, pues Él lo es Todo y la Iglesia sólo existe para permanecer unida a Él –en adoración– y para darlo a conocer” (Benedicto XVI). Vivamos, por tanto, como Hijos de la Luz, y llevemos a los hombres a Cristo, verdadera Luz del mundo.

¡Con qué gusto invocamos a la Virgen del Rosario sintiéndonos sus hijos, y con cuanto fruto! Como ha dicho Francisco, “el olvido de la Virgen, de la Madre, lleva, tarde o temprano, a la “orfandad de corazón”. Al fiel católico que se olvida de la Madre siempre le falta algo. Es como si fuera huérfano, aunque en realidad no lo es, pero se ha olvidado de su madre. Por eso hemos de pedir lo que expresamos en el conocido canto: “y aunque de ti me olvidare, tu no te olvides de mi”. Lo que decimos de María se puede decir de la Iglesia porque ambas son madres que dan vida. Para evitar esta orfandad “es necesario cultivar una relación filial” con María. Porque un corazón huérfano adolecerá siempre de la ternura y misericordia que tanto demanda nuestro mundo y que tanto invoca Francisco, nuestro Papa, con aguda mirada a las grandes carencias del hombre actual, viendo que sin misericordia y sin ternura no hay humanidad ni humanismo, falta el verdadero progreso, no hay felicidad. Pues bien, la fe va indisolublemente unida a la caridad, y ambas a la esperanza. La Madre, la Virgen María, cuidándonos como a hijos nos eleva, y nos hace entrar en el corazón de la Iglesia unida al Señor, nos conduce a la experiencia de los hijos de Dios, nos saca de la orfandad y hace gustar la familia de los hijos de Dios, que es la Iglesia, abierta para acoger en su seno a los demás. Es probable que nada sea más urgente para nuestra Iglesia actual que potenciar su identidad y misión desde un compromiso de mayor vida interior, de una espiritualidad bien irrigada por la Palabra de Dios y por la práctica frecuente, digna y adecuada de los sacramentos y que permita disponer de una experiencia de Jesucristo suficientemente creíble y sólida. Solamente esta familia creyente y unida sin reservas es capaz de ser el “hospital de campaña” que invita con credibilidad y acoge a los huérfanos y desvalidos, mostrándoles la protección de la caridad de Dios y del amor fraterno.

El papel clave de María en la vida de la Iglesia y de los creyentes lo expresó el Concilio Vaticano II diciendo que la devoción a María “no consiste en un sentimentalismo estéril y transitorio ni en una vana credulidad, sino que procede de la fe autentica, que nos induce a reconocer la excelencia de la Madre Dios, que nos impulsa a un amor filial hacia nuestra Madre y a la imitación de sus virtudes”

(*Lumen Gentium*, 67). María, pues, entra con fuerza en nuestra vida pero siempre como la que señala el camino hacia Jesús: “Haced lo que El os diga”. Nos recuerda los fundamentos de la vida cristiana –fe, esperanza y caridad— y que hemos de convertirnos para ser, como ella, verdaderos discípulos del Señor, que viven su vida y sirven a los demás. Como Madre, mira con especial atención y amor a los pobres y necesitados, a los abandonados, a los sin techo y sin hogar, a los huérfanos de esperanza y de amor. La que es Virgen y Madre nos muestra con convicción que Dios sigue actuando en la historia, busca, ama y ayuda a las personas concretas, anima a todos a vivir bien para gustar el bien, sostiene y fortalece los corazones para afrontar las dificultades en las diversas circunstancias de la vida, y para llevar a Cristo a los demás. Ella experimenta y enseña que Dios hace nuevas todas las cosas y enjuga las lágrimas de nuestros ojos (cf. Ap 21,1-5).

Que nos mueva María hasta movilizarnos a todos contra la indiferencia. La Madre que tenemos en el cielo mueve la tierra con su amor y nos hace “hijos”, portadores de esperanza. Como dijo Francisco ante la Virgen: “El cielo activa aquí una auténtica movilización general contra la indiferencia que nos enfría el corazón y agrava nuestra miopía. No queremos ser una esperanza abortada. La vida solo puede sobrevivir gracias a la generosidad de otra vida”; “Con la protección de María seamos en el mundo centinelas que sepan contemplar el verdadero rostro de Jesús Salvador, que brilla en la Pascua, y descubramos de nuevo el rostro joven y hermoso de la Iglesia que resplandece cuando es misionera, acogedora, libre, fiel, pobre de medios y rica de amor” (Fátima, 13 mayo 2017). Eso espera María de nosotros: que seamos fieles hijos de Dios, rechacemos la indiferencia, que seamos centinelas para el mundo, como lo hemos visto en generaciones de gaditanos que nos precedieron en la fe. ¿A quién han de encomendar las madres cristianas la guarda de sus hijos? A la Virgen María. ¿A quién se dirige el enfermo en sus angustias? A la Virgen María. ¿A quién acudirá el pecador en su angustia? A la Virgen María. ¿A quién puede confiar el joven o la muchacha sus inquietudes, su estudio o su noviazgo? A la Virgen María. ¿A quién acuden las naciones cristianas cuando ven amenazada su paz? A la Virgen María.

Recitemos el Santo Rosario. Esta sencilla, simple, fácil, modesta y aparentemente frágil plegaria posee todo el vigor, toda la energía y todo el poder de quien dice la Escritura que “es más fuerte que un ejercito formado en línea de batalla”. Cada vez que recitamos el Rosario –“esa oración que María reza con nosotros” (S. Juan Pablo II, 21 octubre 1979)—, el Evangelio prosigue su camino en la vida de cada uno, de las familias, de los pueblos y del mundo. Seamos peregrinos con María, la que es bienaventurada porque ha creído, la que nos enseña a seguir a Jesús por el camino estrecho de la cruz, la que nos libra del miedo a dar testimonio, nos abre a la misericordia y al perdón de Dios. Pueblo de Cádiz: llevados de la mano de María cantemos con ella las alabanzas de Dios, diciendo, “Proclama mi alma la grandeza del Señor”. Nuestra Señora del Rosario: te queremos, ruega por nosotros. Amen.